

CAMINAR SOLO

Por *Bernadine Beatie*

-¿VIERON eso? -dijo Amelia abriendo tamaños ojos, mientras se dirigía a sus amigas Juanita y Linda.

La luz del cruce de calle frente a la escuela se había puesto verde, y Karen, en lugar de tomar de la mano a su hermanito Guillermo, cuyas piernas estaban dentro de soportes ortopédicos, se mantuvo a su lado y caminó lentamente mientras Guillermo bajaba trabajosamente de la acera para cruzar la calle. El muchachito tenía el rostro pálido y tenso y miraba suplicante a su hermana.

-¡Yo te ayudaré, Guillermo! -se adelantó Amelia.

Karen sacudió la cabeza negativamente.

-Gracias, Amelia, pero él se arreglará solo.

-¿Porqué no puede ayudarme? -preguntó Guillermo extendiendo sus brazos hacia Amelia.

-¡No! -dijo firmemente Karen mirando a Amelia con cierta preocupación-. Es mejor dejarlo que camine solo. El...

Pero Amelia no se detuvo a escuchar. Se alegraba porque su hermano Daniel nunca se había enfermado. Pero si hubiera estado enfermo, ella no lo habría tratado como Karen trataba a Guillermo. Amelia echó la cabeza hacia atrás y cruzó rápidamente la calle para unirse con Juanita y Linda que la esperaban.

Las niñas se quedaron observando. Una vez Guillermo casi se cayó, pero logró mantenerse en pie. Y ni aun así Karen lo ayudó, sino que se limitó a mantenerse a su lado hasta que Guillermo llegó finalmente al otro lado y subió a la acera.

Esa fue la razón por la cual Amelia, Juanita y Linda respondieron con un rotundo "¡No!" cuando su compañera Berta presentó el nombre de Karen como posible candidata para ser miembro del club Los Vecinos.

-Pero, ¿por qué? -preguntó Berta. Berta era la cuarta y única otra niña que formaba parte del club-. Karen es nueva en el vecindario. No es muy cortés excluirla. Y yo prácticamente le prometí que la invitaríamos a formar parte del club.

Cuando las chicas le explicaron lo que habían visto, Berta todavía se mostró indecisa.

-Yo no puedo creer que Karen fuera deliberadamente mala con su hermano.

-¡Lo vimos con nuestros propios ojos! -recalcó Amelia-. De cualquier manera, tal vez yo apareceré como culpable, porque vivo al lado de su casa.

Después de la reunión, Amelia se dirigió lentamente a su casa. Por el rabillo del ojo vio a Karen que estaba frente a la suya.

-Hola, Amelia -saludó Karen-. Te he estado esperando. ¡Tengo una noticia muy linda que darte!



Amelia cambió de color. Temió que si se detenía a conversar con Karen, saldría el asunto del club.

-Tengo que estudiar -dijo Amelia desmañadamente.

Pero mientras se apresuraba a entrar en la casa notó que Karen se entristeció. Y por mucho que procuró hacerlo, Amelia no pudo borrar de su mente la expresión de tristeza que vio pintarse en el rostro de Karen. Abrió el libro de geografía, pero no pudo concentrarse. Continuamente acudía a su memoria lo que ella había dicho de Karen. Pero si era tan fácil ayudar a su hermano, ¿por qué Karen no lo hizo?, razonó. Y así justificó su oposición para que se la aceptara en el club. ¿Acaso lo merecía?

No obstante, Amelia recordó que al principio, recién mudados, toda la familia trataba de ayudar a Guillermo. Y Karen hacía lo indecible por él. Guillermo no tenía más que abrir la boca, y Karen soltaba lo que tuviera en la mano, y corría a ayudarlo. De pronto todos se fueron por un tiempo a la ciudad, porque Guillermo necesitaba ser atendido en una clínica especial. Regresaron justamente para empezar las clases. La verdad es que Amelia no podía entender cómo Karen había cambiado tanto.

Amelia estaba tan concentrada en sus pensamientos, que cuando sonó el timbre dio un salto.

-¡Mamá! -llamó Daniel-. ¡Amelía!

Amelia sonrió. Era Daniel. El siempre tenía que saber dónde estaba cada uno.

-Mamá fue al pueblo -le dijo Amelia-. Tú tienes que quedarte en casa.

Los inquietos pies de Daniel lo llevaron escaleras arriba. Entró en el cuarto de Amelia como una tromba.

-¿Sabes lo que la Srta. Córdoba nos dio como tarea de aritmética? -resopló.

-No, ¿qué? -preguntó Amelia.

-¡Veinte problemas y ... tan luego con fracciones! ¿Me ayudarás, Amelia?

-Si, Daniel, te ayudaré.

Amelia se sintió mejor. Los hermanos deben ayudarse mutuamente.

Pero a la media hora Amelia, impaciente, se echó hacia atrás en su silla.

-Daniel, tú no estás prestando ninguna atención. Ni siquiera intentas resolver un solo problema. Tú no puedes restar siete dieciseisavos de un octavo. Tienes que pedir prestado... -dijo arrastrando la voz.

Daniel se encogió de hombros y sonrió a su hermana.

-Resuélveme los problemas. Yo copiaré las respuestas. La Srta. Córdoba no se dará cuenta de nada.

-¡Ese sería el camino más fácil! -protestó Amelia de mal talante-. Pero eso no te haría ningún bien. Tú tienes que aprender por ti mismo, Daniel.

Y al decir eso, Amelia recordó a Karen. De pronto cada pieza cayó en su lugar, como en un rompecabezas.

-Daniel, tú terminas los problemas y yo revisaré luego las respuestas.

Amelia bajó corriendo las escaleras y se dirigió al teléfono. Hizo tres rápidas llamadas. Juaníta, Berta y Linda se sorprendieron, pero prometieron ir a verla inmediatamente.

Cuando las chicas llegaron, Amelia las llevó a la cocina.

-Yo.. yo cometí un error en lo que dije de Karen confesó Amelia-. Me sucedió algo que me ayudó a comprenderla.

Y entonces explicó rápidamente lo que le había pasado con Daniel y su aritmética.

-Como ven -terminó suavemente-, Karen estaba tratando de ayudar a su hermano para que él se ayudara a si mismo. Para ella hubiera sido mucho más fácil darle la mano y ayudarle a cruzar.

-Tienes razón, Amelia -dijo Berta que ahora se sentía muy aliviada y feliz.

-Me siento un poco avergonzada -admitió Juanita.

-Yo también -añadió Linda.

-¿Está bien si voy a decirle a Karen que queremos que se una a nuestro club Los Vecinos?

Todas estuvieron de acuerdo. A los pocos instantes Amelia regresó con Karen, cuyos ojos brillaban de felicidad.

-Estaré encantada de ser miembro de ese club -dijo tímidamente.

-Nos divertiremos mucho -a firmó Amelia.

Karen sonrió.

-Todo lo hermoso está ocurriendo al mismo tiempo. Es lo que te iba a contar antes, Amelia. Los médicos de la clínica dicen que, sí dejamos de mimarlo y permitimos que él se atienda solo, Guillermo pronto podrá caminar como cualquier otro niño. Nos dijeron que debemos enseñarle a caminar solo.

Amelia sonrió afectuosamente.

-Nosotras cooperaremos contigo, Karen. Creo que hoy todas hemos aprendido algo muy valioso.

A juzgar por la expresión del rostro de sus amigas, Amelia se dio cuenta de que el club tenía un nombre muy apropiado. Ahora el club Los Vecinos significaba realmente algo.